

—¡Qué alegría de verte!, por fin has dado respuesta a mi llamada —¿Estuvo bien tu viaje? — Había perdido ya la esperanza de verte, tenía cierta incertidumbre debido a este encuentro. —Por favor, avanza, no te quedes ahí en el umbral de la puerta; toma asiento; aquel sillón es muy cómodo, tenemos bastantes temas que conversar.

Por los grandes ventanales de la casa, en que la mujer vivía; hacía ya rato que la obscuridad agazapada deseaba posesionarse del lugar. La tarde se resistía aún a marcharse reflejando sus últimos rayos de luz.

La mujer dejaba ver su nerviosismo, ante la visita inesperada de aquel viajero, deseaba una conversación rápida, sin mayores preámbulos por lo que de inmediato inició la conversación que le interesaba

—¿Recuerdas aquel día que te fuiste intempestivamente, una mañana muy temprana?, no te despediste, ni siquiera degastes una carta sólo te marchaste y punto.

—No entiendo para que me llamaste; además vengo desde muy lejos y estoy cansado, fue complicado para mí acudir a esta reunión.

Las sombras de la noche se habían instalado de manera definitiva en aquella habitación y parecían ser cómplices de la reunión de este padre con su hija, los

cuales no se habían visto durante años. El padre se había instalado en el sillón y estaba tan encogido que parecía una sombra. Contribuía a ello su contextura delgada y huesuda, parecía no haber comido en muchos días, En su rostro sólo se destacaban unos grandes y hermosos ojos verdes que le daban cierto encanto a ésa cara famélica.

Por su parte, la mujer lucía demacrada. Tenía puesto un vestido de color azul ceñido a su esbelto cuerpo. Ostentaba una larga cabellera negra que al parecer había olvidó peinar. Su rostro alargado, no conoció por aquel día: ni el rubor, menos el lápiz labial rojo que era de su agrado llevar cada mañana cuando se dirigía a su trabajo. Era paradójico, ya que al contrario de su padre; en aquel rostro no se destacaban casi sus ojos que eran pequeños y de un color indefinido. Sin embargo, a pesar de tener el ceño fruncido, se destacaba en aquel rostro dos hoyuelos a cada lado de la comisura de los labios; los cuales parecían acentuarse cada vez que conversaba o sonreía. Era ése, el único encanto en la cara de la mujer.

—¿Te sirvo un café?

— No gracias—respondió el hombre—. Prefiero una copa de vino.

—¡Qué tonta, después de tantos años, pensé que habías dejado el trago!

—¡Es sólo una copita!

¡Es sólo una copita!, repitió con una voz casi inaudible ¿cuántas veces a través de los años había escuchado ésa misma frase? En aquel preciso instante, le pareció introducirse en una cápsula del tiempo. Al interior de ésta, cómo una película en blanco y negro, estaban proyectando la historia de su vida.

La niña pequeña y frágil, se encontraba sentada junto a su padre entorno a la gran mesa del comedor. Cómo si soñara, se veía con su cabello peinado con esmero en los que sobresalía la cinta blanca, que usaban todas las estudiantes de la época, y, que su madre se esmeraba en que llevara siempre; ya que ella no quería que su hija fuera menos que las demás niñas.

—¿Te sirvo una copita? —ofreció solícita la niña a su padre. La voz de éste la volvió bruscamente a la realidad.

—¿Por qué te has quedado tan callada? —No es nada papá, sólo recordaba.

—¡Aún no puedo entender para que me llamaste! —exclamó el padre, mi tiempo es limitado y debo regresar.

—Entonces, conversemos—¿por qué tomabas?

—Es una larga historia, no entenderías.

—Te escucho, replicó la hija

La obscuridad se había posesionado de manera irreverente y definitiva sobre aquella vivienda, no había respetado ningún lugar y lo invadía todo, incluyendo la

pieza en la cual se encontraban éstas dos personas, que eran tan cercanas, pero a la vez parecían dos seres absolutamente desconocidos. El hombre comenzó su relato con dificultad, necesitaba el vaso de vino en su mano como siempre; sentirlo y acariciarlo antes de llevárselo a sus labios. Según él, el vino tenía un ingrediente mágico, que lo tornaba locuaz, y a la vez, le proporcionaba una alegría inusitada. No obstante, no se atrevió a sugerírselo nuevamente a su hija, ya que la había observado con el ceño fruncido y los labios apretados que semejaban una sola línea recta; era ésta, una de sus características cuando se encontraba enojada. Sin embargo, al parecer era su día de suerte y había surgido un aliado inesperado. En la habitación reinaba una obscuridad absoluta. Con este escenario se sentía tranquilo y seguro, así su hija no lograría ver su rostro, ni menos sus ojos que acompañaban siempre a sus palabras como en un fiato perfecto.

—¡Aún no escucho nada! — exclamó la hija quién se había ubicado al otro extremo de la habitación.

—¡Usted cómo siempre, tan impaciente! Exclamó el padre, casi en un susurro.

El padre se acomodó en el sillón y comenzó su relato. Provenía de una familia numerosa con seis hijos. Su progenitor había fallecido de improviso, dejando en la pobreza más absoluta a ésta familia. La madre; una mujer pequeña y frágil, era la lavandera oficial del barrio. No encontró mejor solución que dejar a sus hijos

repartidos en casas de familiares, los cuales tenían una situación económica bastante holgada.

En aquellos tiempos, no se les solicitaba la opinión a los niños, por lo tanto; lo enviaron con el tío Alfonso. No necesitaba describir físicamente a su tío; siempre lo recordó cómo un hombre egoísta, que sólo le importaba su carnicería y el éxito económico de ésta. Lo que sí recordó siempre, fueron sus malos tratos, sus golpes y sus abusos que él cómo niño nunca entendió. Aquel familiar de su madre, nunca se preocupó de enviarlo a la escuela, así con suerte, sabía escribir su nombre.

—¡No me cuentes historias, que ya sé de memoria! — argumentó la hija, que comenzaba a impacientarse.

—¡Necesito saber de los últimos años en que estuviste en casa, antes de abandonarnos—¡La mujer tenía también su propia historia que contarle a su padre, pero no dijo nada, esperando el momento apropiado!

—Mi tiempo se termina, recién me han llamado preguntando a qué hora regreso.

El padre se veía exhausto, se acomodó nuevamente en el sillón, exhaló un hondo suspiro como para tomar nuevas fuerzas y continuó con su historia.

Conocí a tu madre en una pensión a la cual acudíamos diariamente para almorzar, ambos éramos muy jóvenes; ella contaba con diecinueve años y yo, con treinta años. Nos casamos muy enamorados. Al principio vivimos en una pieza que

arrendábamos en un conventillo. Los hijos llegaron cada año, hasta alcanzar los doce.

Todos ustedes siempre fueron mi orgullo, sin embargo, a través de los años me fue ganando el temor de perderlos y los problemas económicos que tuvimos debido a que yo tomaba trago una semana completa, y a veces durante todo un mes.

Reconozco que, por mi culpa, ustedes se notaban siempre intranquilos y nerviosos la mayor parte del tiempo y, buscaron refugio en su madre, a la cual saludaban en su cumpleaños y en su santo. Yo miraba desde lejos esos afectos que ella bien merecido los tenía. Sin embargo, ustedes a mí no me saludaban. Yo me sentía sólo y triste y, para variar buscaba consuelo tomando trago, hasta ni siquiera recordar cómo había terminado el día.

—Por fin has llegado al punto que me interesa— agregó la hija. En el tono de su voz, se dejaba translucir cierta emoción. Te hice éste llamado, después de tu larga ausencia, ahí recién reconocí todo lo que tú me has contado. Por eso, te he llamado con tanta insistencia, para que me perdones y decirte cuanto te amo. Después de tu alejamiento, recordé que nunca te abasé, ni te expresé mi cariño.

—¿Crees que podemos aún recuperar el tiempo perdido?

—¿Estás enojado? —Te pregunto, porque escucho un batir de alas enloquecidas y, el viento que ha entrado por la ventana, me dice que nunca más responderás a una segunda llamada.







































